

Ena Mercedes Matienzo León

“Las crónicas indígenas y mestizas son el ‘espejo’ –a veces cóncavo– de un arduo proceso de recreación y transformación literarias ocurrido en Hispanoamérica”.
Entrevista a la Dra. Raquel Chang-Rodríguez

Raquel Chang-Rodríguez (Ph.D., New York University) es Distinguished Professor de Literatura y Cultura Hispánicas en The Graduate Center y en The City College de The City University of New York (CUNY). Ha sido catedrática invitada en Colgate University, y Columbia University (EE UU), en la Universidad de La Laguna (Santa Cruz de Tenerife), en los Cursos de Verano de El Escorial –organizados por la Universidad Complutense de Madrid–, en la Universidad de Málaga (España) y en Philipps Universität Margburg (Alemania). Con más de tres décadas entregada a una exhaustiva investigación, la Dra. Chang-Rodríguez ha realizado un excepcional aporte a los estudios coloniales hispanoamericanos. Sus dos últimas publicaciones *Franqueando fronteras: Garcilaso de la Vega y La Florida del Inca* (2006), editado en inglés y en español simultáneamente y *Aquí, ninfas del sur, venid ligeras. Voces poéticas virreinales* (2008) exhiben un profundo conocimiento bibliográfico, acompañado de un acucioso trabajo crítico sobre los más importantes textos de los albores de la literatura hispanoamericana.

Ena Matienzo (EM): *La endiablada* de Juan Mogrovejo de la Cerda constituye el primer relato de carácter ficcional escrito en el Perú en el siglo XVII. ¿Piensa usted

que este relato funda una línea de sucesión ficcional hacia la actual narrativa hispanoamericana?

Dra. Chang-Rodríguez (ChR): Di a conocer *La endiablada* (c. 1624) en 1974, en uno de los congresos anuales de la Modern Language Association. Cuatro años después publiqué la edición anotada del curioso relato en la colección “Prosa hispanoamericana virreinal”. El paso de los años me permite reflexionar sobre su pregunta. Fue el investigador Antonio Rodríguez Moñino quien, en un número de la revista *Caravelle. Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, de la Universidad de Toulouse, dio noticias en 1966 de *La endiablada* y otros manuscritos hallados en la biblioteca del oidor Juan de Solórzano Pereira; el erudito bibliófilo español calificó la breve obra de “ficción novelesca” y le otorgó primacía cronológica, dentro de esa modalidad, en el virreinato del Perú. Gracias a la generosidad de doña María Brey, viuda de don Antonio, tuve la fortuna de acceder a este y otros manuscritos pertenecientes al autor de *Política indiana*, conservados en la biblioteca de la familia Rodríguez Moñino. Como resultado de esta investigación preparé la edición de *La endiablada* y también de un conjunto de poemas ligados al Perú, firmados o atribuidos a diversas plumas, incluyendo la del virrey Francisco de Borja y Aragón, príncipe de Esquilache; este florilegio lo publiqué en Lima en 1983 con el título de *Cancionero peruano del siglo XVII*. Solórzano Pereira lo había conservado entre sus papeles lo cual muestra su interés en la cultura literaria de la época. Volviendo a *La endiablada*, la conexión con la picaresca es evidente –en particular con el *Lazarillo* y con los *Sueños* de Quevedo– tanto por la descripción del medio social como por los hablantes y la intención crítica en el diálogo entre ellos; justamente por esa naturaleza dialógica y el carácter lúdico de la pieza,

también podríamos asociarla con *La Celestina*. O sea, estamos en presencia de un texto híbrido cuyo autor, Juan de Mogrovejo de la Cerda, fue hombre de letras interesado tanto en lo ficcional –se le atribuye una comedia– como en lo histórico –su crónica, *Memorias de la gran ciudad del Cuzco cabeza de los reynos del Perú*, la editó María del Carmen Martín Rubio en 1983–. Al traer a colación al menos dos vertientes literarias que inciden en *La endiablada* así como los intereses de su autor, y observar todo ello desde un prisma actual, la situación se torna más compleja. Se dificulta trazar una línea de sucesión tan prístina, tan recta. En la época la historia y la literatura no estaban separadas; al contrario, estaban imbricadas. Ciertamente la presencia de ese binomio y su continuo roce permitía una singular elaboración de los hechos. Por ello obras donde confluyen varias modalidades literarias e igualmente se nutren de la historia, como *La endiablada*, o el amplio corpus de crónicas de Indias, ofrecen un reto continuo a los investigadores quienes deben permanecer en alerta para dar cuenta de múltiples vínculos y matices.

EM: En su extenso trabajo de crítica, recopilación e investigación bibliográfica sobre las voces poéticas virreinales titulado *Aquí, ninfas del sur, venid ligeras*, accedemos a un amplio repertorio poético escrito por mujeres, entre ellas figuran Clarinda, Amarilis, Leonor de Ovando, María de Estrada Medinilla, Sor Juana Inés de la Cruz, Gertrudis Gómez de Avellaneda. ¿Existe una voz femenina poética común entre ellas? ¿Es perceptible un acento particular o motivaciones similares?

ChR: La presencia de la mujer poeta en el desarrollo de la lírica en la América hispánica es constante. En Santo Domingo, por ejemplo, encontramos a la primera: la religiosa Leonor de Ovando, cuyo intercambio con el oidor Eugenio de Salazar es notable; éste se ocupó de recopilar

sus versos en “Silva de poesía”, manuscrito inédito que reposa en la Academia de la Historia en Madrid. Si bien los sonetos de Ovando son de temática religiosa, encontramos en ellos una admiración por la poesía cuyo origen divino resalta; la monja nota, además, cómo ésta puede alertarnos de otras facetas tanto del mundo terrenal como espiritual. Por otro lado, que Ovando intercambiara versos con un oidor muestra una cierta confianza en su habilidad como poeta, y, a la vez, el lugar destacado que ocupaba en la emergente cultura letrada de Santo Domingo, de La Española. En el caso de Clarinda y Amarilis, las anónimas del virreinato del Perú, en sus composiciones –para la primera el “Discurso en loor de la poesía”, prólogo del *Parnaso antártico de obras amatorias* (1608) del sevillano Diego Mexía de Fernangil, y para la segunda la “Epístola a Belardo” (c. 1619) o carta poética dirigida a Lope de Vega– identificamos voces líricas que se expresan desde una perspectiva femenina; en el caso de Clarinda incluye, por ejemplo, una lista de ilustres féminas dedicadas a la poesía, y en el de Amarilis acude a la biografía para presentarse como mujer y criolla. Igualmente, ahora trasladándome a la Nueva España, María de Estrada Medinilla ofrece una descripción de los festejos con que la Ciudad de México recibe al nuevo virrey, el marqués de Villena, en 1640. La perspectiva es la de una voz femenina que describe lo visto detalladamente. En contraste con estas poetisas, Sor Juana tiene una obra mucho más amplia y compleja. Su voz lírica se presenta, alternadamente, como femenina y masculina; con frecuencia es ambigua. Sin embargo, si acudimos a la “Respuesta a Sor Filotea de la Cruz” (1691), su defensa del derecho de la mujer al estudio es uno de los fundamentos de ese rico y moderno documento. Si bien los acentos en los versos pergeñados por estas poetisas

son variados, creo que a todas las liga un anhelo de pertenecer a una comunidad letrada donde el ejercicio poético debía borrar fronteras de género, de origen, de estamento. Espero que investigaciones futuras puedan ampliar el repertorio de mujeres poetas de la época virreinal, seguramente idóneas precursoras y compañeras de la gran Sor Juana Inés de la Cruz.

EM: Las prácticas discursivas en el mundo colonial y las voces yuxtapuestas provenientes “del claustro conventual, la remota villa o la populosa ciudad letrada”, citándola a usted, configuran la naciente literatura hispanoamericana. Desde este contexto, ¿cuál es la más importante contribución de los cronistas indígenas en este escenario naciente?

ChR: En *La apropiación del signo. Tres cronistas indígenas del Perú*, mi libro de 1988, me ocupé de Titu Cusi Yupanqui, Joan de Santacruz Pachacuti y Felipe Guaman Poma de Ayala. Según apuntó la crítica, éste fue el primer estudio que abarcó a los tres cronistas andinos y señaló compartidas instancias discursivas en su obra: por ejemplo, la recreación de persona y pasado, la reinterpretación de la conquista, la reiteración del origen andino como vía de afirmar la autoridad narrativa. Más recientemente, en 2005, le dediqué un libro a Guaman Poma de Ayala, *La palabra y la pluma en Primer nueva corónica y buen gobierno*, donde retomo y profundizo algunas de estas ideas. Si bien las historias narradas por Titu Cusi, Santacruz Pachacuti y Guaman Poma son muy diferentes desde la perspectiva de su génesis y composición —respectivamente una “relación” dictada en quechua a un fraile y después corregida y traducida al castellano; una historia donde predomina lo ritual y una crónica de más de mil páginas manuscritas, ilustrada con 398 dibujos a tinta del propio autor—, más allá de las divergencias podemos ligarlas tendiendo hilos que abarcan

desde el propósito de cada una hasta su perspectiva enunciativa. En efecto, se forjan en esa peculiar coyuntura donde surgen nuevos sujetos capaces de manejar el castellano, el alfabeto latino, aspectos del dogma católico, ciertas modalidades retóricas de la historiografía peninsular. Sus autores —en particular Santacruz Pachacuti y Guaman Poma— aprovechan todo ello y a la vez acuden a su propio acervo cultural para ofrecer otra versión de los hechos y situarse en la nueva sociedad colonial. El proceso propone, de facto y de *iure*, una rearticulación de la conquista y primeras décadas del coloniaje; tal revisión accede al mito y la historia, a lo oral y lo escrito, a lo autóctono y lo impostado, como vehículos para reconstruir el pasado, condenar el presente y proponer una diversa perspectiva. Sin embargo, no se trata únicamente de enfocar la protesta y el reclamo, temas muy evidentes en las obras mencionadas. Este discurso integra saberes de la tradición europea y andina en continua colisión. Paradójicamente, en estos roces y choques el nuevo código lingüístico e icónico se erige como otra posible forma de representación de un conglomerado cultural diverso; desde este espacio les es posible a sus autores rearticular lo antiguo y anterior con lo moderno y actual. De este modo las crónicas indígenas, e igualmente las mestizas, inician ese proceso de inclusión, de apertura, de contradicción, tan central para generar nuevas modalidades discursivas y dar lugar a un proceso de formación identitaria. Como en otras partes, en las Indias españolas a esa larga andadura la han marcado la disyunción y la fusión; eventualmente ambas generarán singulares modelos ya de escritura ya de cultura. Las crónicas indígenas y mestizas son el “espejo” —a veces cóncavo— de un arduo proceso de recreación y transformación donde se comienza a fraguar la futura personalidad literaria de Hispanoamérica.

EM: En la *Relación de la descendencia de Garci Pérez de Vargas*, tema de su ponencia en el Congreso sobre el Inca Garcilaso de la Vega realizado en la ciudad alemana de Würzburg en septiembre de 2008, usted propone que el Inca Garcilaso realiza la aleación de linajes por las partes inca y española, pero que también encontramos silencios en Garcilaso. ¿Cómo observa usted los silencios de Garcilaso en la descripción de su descendencia?

ChR: En efecto, gracias a la invitación del profesor doctor Gerhard Penzkofer y del doctor José Morales Saravia, el pasado septiembre se reunió en la Universidad de Würzburg un grupo internacional de investigadores; el tema central del simposio fue el Inca Garcilaso de la Vega y su obra, particularmente los *Comentarios reales*, crónica cuyos 400 años de publicación conmemoramos en el 2009. Las comunicaciones abarcaron una temática muy variada y las sesiones dedicadas al comentario de cada ponencia fueron intensas y siempre cordiales. En particular, fue muy sugerente interactuar con los colegas alemanes y familiarizarnos con su metodología para acercarse a temas muy complejos desde múltiples perspectivas —la lingüística, la histórica, la antropológica—. Por mi parte, opté por ocuparme del aparentemente simple tratado genealógico *Relación de la descendencia del famoso Garci Pérez de Vargas*, que el Inca Garcilaso terminó para 1596. En efecto, allí constaté que si bien la obra dedicada a su tío es breve, nada tiene de sencilla. Para dar cuenta de su prosapia, Garcilaso se remonta a la época de la Reconquista española; igualmente alude a su linaje incaico cuando destaca su parentesco con los soberanos del Tahuantinsuyu por parte de su madre, la princesa Chimpu Ocllo, después bautizada Isabel. La referencia a la prosapia materna le permite traer lo andino al centro del discurso, y a la vez

ligar sus raíces ibéricas e incaicas. En cuanto a los silencios, es un recurso al cual acude el autor frecuentemente. José Durand, uno de los más acuciosos investigadores de la vida y obra de Garcilaso, notó tempranamente esta preferencia e intentó explicarla; recuerdo con especial interés un artículo suyo sobre el tema de 1966. En el caso del tratado genealógico, los silencios giran en torno a no revelar el nombre de un cobarde para preservar así la honra ajena, y omitir a ciertos parientes cuando su conducta marcha en desacuerdo con las propuestas del autor. El tema remite al concepto de honra, a qué constituye el comportamiento virtuoso esperado del caballero. Estas preocupaciones marcan las crónicas del luminar cuzqueño; sin duda el Inca aprovecha la meditación sobre estos temas como ruta para otorgarles igual dignidad a españoles e indígenas.

Ena Mercedes Matienzo León es doctoranda de Literatura en la Universidad de Potsdam (Alemania). Correo electrónico: matienzo@uni-potsdam.de.

Inés Rojkind

Orden, participación y conflictos. La política en Buenos Aires a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Miradas clásicas y nuevas aproximaciones

Es posible afirmar que asistimos desde hace algunos años a un movimiento de renovación historiográfica que tiende a revisar, complementar y en determinados casos también cuestionar la interpretación